

con sus purísimos rayos,  
que la ciencia que no vé  
del corazon los arcanos.

XI.

Aún el curioso descubre,  
si nó le teme á las cuestras,  
un edificio hoy moderno

que se llama *las Peñuelas* (1).

Allí contemplar le es dado  
la siempre admirable cueva,  
y el manantial de agua pura  
que le convida á beberla.

Y aún puede mirar la encina  
y echarse en la plazoleta,  
en aguardo de otra *Sol*,  
que aún muchas *Soles* nos quedan.

---

(1) En el camino de Guadix, frente al polvorín de San Miguel. Es posada y casa de recreo



---

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife  
CONSEJERÍA DE CULTURA

---

# LA CUEVA DE LA MACACA.

---

## Cuento.

Recorriendo las estribaciones del Cerro de San Cristobal, á espaldas de la iglesia de San Ildefonso, en una callejuela sucia como muchas de aquel desgraciado paraje, escondrijo de miserias y de gentes sospechosas, fango corrompido de las grandes poblaciones, que solo sube á la superficie en los dias de calamidades ó de revueltas políticas, encontré hace años al finalizar la calle Baja, un rincón, depósito de cascajo, pero que dejaba visible la entrada de un agujero profundo. ¿Fué casa, fué cueva ó antro de reptil espantable?

Quise averiguarlo, y despues de muchas idas y venidas, y preguntas sin contestación, me contaron lo siguiente.

Á principios de este siglo llegó no se sabe de dónde al mencionado callejón, una pordiosera anciana, de aspecto feroz y repulsivo. Su genio era de tigre, y su rostro tenía mucho parecido á la lechuza. La nariz encorvada en forma de pico, la barba subida hasta la boca, sin dientes, cruzada de arrugas, y harapos por todo traje, la *Macaca*, que este era su apodo, pues se ignoraba su nombre y raza, prevenía en su contra, de tal modo que ni dos dias pasaban sin expulsarla. Corrió todas las casas de vecinos de las cercanías, y últimamente la despidieron de la última. Motejábanla de bruja, y de comerciar en hechizos, y tanto corrió su fama, que la llevaron á los calabozos de la Santa Inquisición. Pero sus artes ó su fortuna la sacaron en salvas, y ella sin duda por vengarse de sus vecinos, escogió el lugar descrito para formarse su cubil. Afirman gentes que lo oyeron de sus antepasados, que el agujero de frente al aljibe, en la misma esquina del montecillo, apenas podría dar entrada á una culebra. La vieja lo fué agrandando, sin más herramientas que sus uñas, y tales serian ellas que á las pocas semanas, se formó una habitación completa. Pero la entrada continuó casi lo mismo. Parecía milagroso que por allí cupiese el cuerpo de un ser humano.

Así es, que la oscuridad reinaba siempre, y ni la más curiosa de las tejedoras de esparto, siempre sentadas trabajando en los dinteles de sus viviendas, pudieron describir nada del interior.

Es más, una madrugada se oyeron fuertes porrazos y al primer rayo del sol, con-

templaron un ferrado postigo con un enorme candado con signos cabalísticos, cerrando la entrada, y sin que se supiese de los artífices de tan extraña obra.

La vieja faltaba semanas enteras de darse al público, y en la última ausencia, vino trayendo en su compañía un ángel, pues no otra cosa semejaba la niña inocente que con pobres atavíos la acompañaba. Era rubia, delgada, ojos azules como los cielos, y sonrosadas como las rosas sus mejillas.

¿De dónde venía? Nadie pudo saberlo; únicamente se notaba, que á la oscuridad de la cueva al entrar, se sucedía una claridad vivísima por intervalos. Los supersticiosos no pudiendo darle otra explicación más satisfactoria, la achacaban á las miradas de la jóven, que eran de un brillo y de una dulzura inexplicable.

Todas las mañanas se marchaban juntas como á mendigar por los caseríos, trayendo al volver sus provisiones. Fueron mejorando su equipo, y aún la permitió que un domingo se sentase en una piedra á tomar un rayo de sol. Pero cuando otra muchachuela de su edad se arrimaba á ella para hablarle, la senectud la agarró del brazo, y se encerraron inmediatamente en su recinto.

Las lenguas se cansaron de moverse, y las desocupadas de hacer conjeturas. Pasaron los tiempos y la jóven se hizo una mujer hermosísima.

Ya no la sacaba á mendigar, quedaba sola y metida en la cueva, notándose la rareza de que á pesar de cerrado á piedra y lodo el postigo, sin ninguna clase de luz interior se filtraba una claridad deslumbradora.

Una noche, los vecinos escucharon voces de hombres, y acentos extraños al idioma de Castilla.

Después de murmurar unas como oraciones y cánticos misteriosos, todo volvió á quedar en silencio.

Al poco rato, oyeron decir á la vieja con un acento que metía pavor.

—Hija de Aldevoram, cúmplase tu sino. Tu padre mató á mi hermana al abandonarla por la que te dió el ser. Si esta noche los espíritus que de mi furor te defienden, no te salvan, los bohemios cumplirán la promesa bebiendo tu sangre en el caldero simbólico de los sacrificios de la tribu.

Grandes sollozos de la niña fueron la respuesta. Mientras el postigo, según el crujir de hierros que se escuchaba, era clavado interiormente.

El terror detenía hasta las respiraciones del vecindario.

De pronto, sobre el montecillo que cubría la cueva, apareció un mancebo gallardamente vestido con espada al cinto, airoso chambergo y un laud en las manos, pero con un tinte fantástico en todo su ser. La claridad misteriosa se reprodujo á su aparición, pero con la rapidez del relámpago.

Luego, las tinieblas entoldaron el firmamento, y los golpes cesaron de repetirse. La voz de la bella jóven cantó desde su encierro.

Dos besos tengo en el alma  
que no se apartan de mí,  
el último de mi madre  
y el primero que te dí.



El laud del mancebo preludió breves instantes.

De lejos vine á sacar  
mi corazón de prisiones,  
que no valen enemigos  
cuando el cielo lo dispone.

La vieja cada vez más enfurecida repetía:

—Hijos de Belial, nuestra venganza, nuestra venganza.

La oscuridad se hizo más densa. Culebras de fuego y centellas desgumbradoras cruzaban la atmósfera.

Los que presenciaban la escena mudos de pavor contemplaron elevarse la piedra en que estaba el galán, despues abrirse el techo de la cueva, arrojando de sí á la hermosura, y cerrándose en el instante, y luego un trueno espantoso que hizo que cada uno se retirase frenético de espanto á sus moradas que una lluvia torrencial estuvo á punto de sepultarlas.

Cuando á la mañana siguiente se dirigieron al lugar de la catástrofe, solo ruinas encontraron, un inmenso monton de piedras, y el agujero que aún existe.

La puerta de hierro, la terrible anciana, y los extraños seres cuyas voces se escucharon, todo había desaparecido. En el sitio donde se colocara el caballero para la evasión de su adorada, no existía el más ligero vestigio. Solo se notaba como unas rayas en forma de cruz, que á deshora se cubrían de una luz tenue.

El parage fué desde entonces objeto de terror, que se aumentaba en los aniversarios del suceso, por aparecer la sombra de una espantosa bruja con formidables garras en las manos, que se retorció dando gritos de rabia y desesperación ahuyentándose solo cuando brotaba la claridad misteriosa. Todos se figuraban, que era el alma en pena de la condenada vieja, y la luz un emblema de la pureza y protección celestial dada á su victima..

Todavía puede visitarse el lugar descrito, y si preguntais á los que allí moran, os responderán que se conoce por el nombre de la *Cueva de la Macaca*.



---

# LA ENCINA DE LA VÍRGEN.

---

## Tradición.

### I.

En uno de los valles más pintorescos de la Alpujarra, oculto casi al mundo por los elevados cerros que forman la inmensa cañada ó barranco de Poqueira, existía por los años de 1486 una casa rústica, mitad castillo, mitad habitación de labradores.

Las continuas talas ordenadas por los Reyes Católicos para quebrantar al enemigo de la Fé, y preparar la rendición del último baluarte de la morisma, tenían en continuo sobresalto á los moradores de vega y sierra, y rara vez pasaba una semana sin que las lumbres encendidas en las atalayas árabes indicasen una correría de los ginetes castellanos.

Así es, que cada alquería, trocada en una pequeña fortaleza, prestaba abrigo á los campesinos moros, que endurecidos por el duro trabajo de sus tareas agrícolas, y por el necesario ejercicio de las armas, los constituían en temibles contrarios y vigilantes centinelas, derrotando en más de una ocasión á los valientes soldados de Castilla, y hasta á los disciplinados guerreros de las órdenes militares.

Aben-Farax se llamada el dueño de aquellos parages, y su mansión la *Casa Triste*. Y no porque su posición topográfica lo fuera; antes, por el contrario, el sol de Mediodía bañada sus contornos, y la naturaleza la rodeaba con sus mejores galas, sombreándola copudos árboles y regándola un manantial claro y abundante.

Aquella denominación provenía exclusivamente del señor de la casa, y á su adusto semblante, y á sus cortas é imperiosas palabras debía el que sus dependientes y esclavos apellidaran el sitio con tan apenador renombre.

Procedente de una antigua familia de Gómeres, Aben residía en Granada en una de las mejores casas del Albaicín, áspero pero cumplido musulmán, y sumamente unido á su rey Muley-Hazén, por quien combatió en todas las revueltas y disturbios que le promoviera su hijo.

Alejado de la corte, y en especial de su antiguo palacio, cuya vecindad era tan afecta á sus enemigos, Farax se retiró á sus campos, y transecurriendo dias enteros sin que una frase saliera de sus labios.

No había duda en que un hondo pesar corroía aquel pecho endurecido. Como buen caballero, sentía las desdichas de su patria, por la que derramó su sangre en muchos combates, no siendo su menos cruel herida la que recibió en la toma de la fortaleza de Zahara.

¿Pero sería esta sola la causa? Imposible. Verdad es que desde aquella época su carácter había variado mucho. En vez de asistir á las zambras moriscas, y de correr cañas y sortijas, luciendo fogosos corceles y ricas prescas, Aben-Farax se encerró en su morada, y apenas se presentaba en público á no ser llamado por el Monarca.

Un pesar secreto lo dominaba. Un deseo no logrado combatía aquel alma de bronce, y solo en las altas horas de la noche, cuando le parecía estar sin testigos que presenciaran su debilidad, paseando en las sombrías alamedas de su dilatado jardín, gruesas lágrimas rodaban por sus mejillas. Un esclavo, un negro de familia ábisinia, y que desde muy joven no se separaba de su señor, era el único que parecía tener el privilegio de consolarle y poderle llevar de nuevo á su aposento.

Lo que motivaba la tristeza del moro, y la causa de su determinación de habitar la casa rústica y solitaria, vamos á saberlo, encaminándonos tras el, en una de estas noches de tan hondo sentimiento,

## II.

La llamada rota de Zahara fué cruel para los cristianos. El viejo Muley, rompiendo la tregua, entró por asalto la villa, y los moradores que no sucumbieron en la pelea, fueron conducidos como *manadas de ganado* á la capital, causando su miserable estado honda sensación en los granadinos. Según la historia, en vez del júbilo de vencedores, la tristeza se apoderó de todos los ánimos, y las provisiones acumuladas para celebrar el triunfo, se distribuyeron entre aquellos infelices. Hombres, mujeres y niños, se hicieron lotes para repartir á los soldados, tocando rica presa á Aben-Farax, que ya dijimos fué gravemente herido en la primera escaramuza.

Entre los esclavos que le correspondieron en el reparto, se hallaba una hermosa doncella hija de uno de los capitanes de la perdida fortaleza.

Lucía de Haro, apenas cumplía los diez y siete años y era un dechado de virtud y donosura. Huérfana de madre, la educó una buena y anciana sirvienta, víctima de la cimitarra, por defender á su señora.

Acometida la joven de un fuerte desmayo al contemplar los sarracenos, fué llevada; en tan sensible estado hasta la capital, en el caballo de uno de los cabos de Aben-Farax, más que por lástima de su juventud, como trofeo y segura prenda para vengarse el adusto moro en la hija del cristiano que le infirió la terrible cuchillada.

Y he aquí la razón de que la seductora Lucía se encuentre en la mansión del infiel, en uno de sus más ricos y perfumados aposentos.

La noche á que nos referimos, Aben, ataviado con sus mejores galas, penetró en la estancia de la cautiva.

Su rostro parecía sereno, y una timidez impropia de su condición denotaba que se

habían cambiado los papeles, y que el señor era el más sumiso de los esclavos. La jóven, al verle entrar, se puso de pié, pero Farax exclamo:

—Sientate, bella nazarena; esos cumplidos que otorgas al que miras como dueño, laceran mi alma.

—Estoy en vuestro poder, señor,—contestó con altivez la castellana.

—Plegue á Allah que nunca te hubiera conocido, ó que la herida que me causó el capitan, profundizara hasta quitarme la vida.

—Mi padre combatia bajo la bandera de la cruz, defendiendo la fortaleza, y si la suerte fué contraria, no es suya la culpa.

—No me quejo, Lucía; en la guerra es triste pero necesaria condición morir ó matar. ¡Nunca fuera ante los muros de Zahara!

—Por mi mal lo quiso el cielo.

—Pues bién es necesario que hoy quede terminado todo.

—Lucía, yo te amo, con un fuego que inunda mi ser, que me devora y hace de mi el más desgraciado de los creyentes. Eres la única mujer ante quien he doblado la frente sumiso y loco, ciego por mi pasión, vengo á pedirte que la correspondas, que me ames, y serás la única reina del harem, la dueña absoluta del nunca enamorado musulmán.

—Os agradezco mucho, Aben-Farax, las bondades que habeis tenido con mi desgracia, pero lo que me pedís es imposible. Nos separa un abismo, y en mi alma solo puede haber para vos algunos destellos de amistad.

—¿Con que nunca corresponderás á mi afecto?

—Jamás.

La frente del moro se iba nublando por momentos, y la fiereza amortiguada se despertaba con doble brío.

—Desgraciada—añadió;—no sabes que estás en mi poder, y que puedo tomar por la fuerza lo que no quieres concederme de buen grado?

—Antes morir,—replicó Lucía;—la Virgen Santa defenderá mi pureza, y si á tanto os atreviérais, un cadáver tan solo hallareis entre vuestros brazos.

—¿Tanto me odias?

—Odiaros, no. Pero nunca amaré al enemigo de mi religión y al que tiñó sus armas en la sangre de mis compatriotas.

Aben-Farax, haciendo un violento esfuerzo quiso atraer hacia sí á la jóven, pero esta, rápida como el pensamiento, cogió la acerada gumía que entre el chal que le servía de faja llevaba el mahometano, é hizo además de clavársela.

Este, ébrio de furor, exclamó.

—Maldiga Allah la hora en que te conocí, desagradecida nazarena, yo sabré vencer mi debilidad, y puesto que quieres acabar tu existencia, será, pero de modo que sirva de escarmiento á todas las esclavas castellanas.

Dicho esto, se alejó con pasos precipitados, llamando con ronca voz, al negro Ali, su favorito.

Lucía cayó de rodillas, y una tierna plegaria salió de sus labios, tan pura como el suspiro de un ángel, tan dulce como el aroma de una rosa de Alejandría.



### III.

Oscura y triste fué la noche que siguió á las escenas que acabamos de describir. Fuertes relámpagos cruzaban el espacio, y el trueno retumbaba con repetidos y pavorosos ecos en todas las vertientes de Sierra-Nevada.

En medio de un cerrado bosque de encinas, límite al Norte de la hacienda de Aben-Farax, se hallaba un árbol de tan grandes dimensiones que llamaba la atención de los labriegos, á la vez que cierto temor supersticioso les acometía cuando pasaban á su alrededor. Desde la llegada del rico muslim ostentaba la encina en una de sus gruesas ramas un dogal de durísima cuerda, como emblema de su despótico poder y amenaza constante á sus siervos, ¡Ay! que iba á llegar la hora de que el suplicio tuviese una víctima.

Al estallido de la electricidad, podíase descubrir el horrible rostro del negro, que con una expresión satánica, colocaba el lazo al cuello de la infortunada Lucía, la que reclinada contra el tronco, se mostraba insensible por el desmayo que la oprimía, producido por las emociones de un terror sin límites.

Cuando acababa su odiosa tarea Alí agarró con ambas manos la cuerda para suspender el cuerpo de la joven, y cometer el más terrible de los crímenes.

—Así perezcan todos los que causan pesares á mi noble amo, dijo con una especie de furia el abisinio.

La cuerda ante tan fuerte presión levantó en alto á la bella.

La violenta sacudida que experimentára la hizo volver de su letargo y solo pudo exclamar:—Virgen Santa favorecedme.

Apenas pronunció estas palabras cuando un vivísimo relámpago y un trueno horrible llevaron el espanto á la comarca. La lluvia se desprendió en formidables cataratas, y solo la imagen del caos fueron en tan lúgubre noche aquellos valles de la Alpujarra.

### IV.

Al aparecer el sol en la mañana siguiente, Aben-Farax tomó el sendero del bosque. Inquieto por la tardanza de su esclavo que no había regresado al castillo, su insomnio fué aún más cruel que de costumbre.

¡Pero qué espectáculo se presentó ante sus ojos al llegar al sitio que ocupaba la robustísima encina! En vez del cadaver de la cristiana suspendido del lazo fatal, halló el de su fiel Alí, ocupando el sitio destinado para aquella, y á quien la lividez de una muerte violenta hacía aún más espantoso. Una centella al atravesar las frondosas ramas del árbol, había formado por cima de la cabeza del negro una perfecta cruz, completamente visible, y en ningún lado ni vereda se descubría rastro de la joven.

Aben, frenético, espirando de rabia y de dolor, volvió á su morada, mientras sus servidores decían tristemente:

—Mal haya la toma de Zahara; hundíose ha el reino granadino.

Ni valeroso soldado, ni tímido labriego pudo acercarse á recoger el cuerpo de Alí. La imágen de la cruz allí fija <sup>los</sup>espantaba.

Solo Aben-Farax, perdida enteramente la razón, pasaba algunas horas contemplando el aterrador esqueleto, y pronunciando el nombre de Lucía.

## V.

Cuando la mano del Todopoderoso libró á España de la dominación de los musulmanes por la victoriosa espada de los Reyes Católicos, los cristianos que ocuparon las tierras de Farax, tuvieron para la encina un tiernísimo culto. Debajo de la cruz que al parecer dibujó el rayo, grabaron una tosca imágen de la Virgen, pues decían que nuestra amada Madre de Dios, había salvado en tan terrible noche á la jóven castellana que implorara su ayuda. A milagro, (y milagro hubo de ser), atribuían el castigo del negro y la salvación de Lucía, á quien al dia siguiente encontraron en una cumbre, ya rendida de fatiga, unos exploradores fronterizos.

Desde entonces el árbol fué conocido con el nombre de *Encina de la Virgen*, y muchos siglos después, objeto de grande veneracion. Es más, afirman gentes antiguas, que todo el que se cobijaba bajo sus ramas, preso de malos pensamientos y vengativas ideas, á los pocos minutos desaparecían estas por encanto, volviéndose tranquilos á sus moradas libres para siempre de enemistades y odios. La sencilla aldeana le llamaba tambien *árbol del perdon*, y hubo ocasiones en que á su sombra conducian á las familias que se encontraban en querella, las que tornaban pacíficas, por la intercesión milagrosa de la Virgen.

\*  
\*  
\*

El tiempo, que todo lo borra, no ha dejado huella alguna del árbol milagroso; hoy el bosque es terreno de sembradío; la *Casa triste*, ruinas informes, y solo este sencillo relato es lo que queda de los sucesos de aquellos siglos.

FIN.

# ÍNDICE.

	<i>Págs.</i>
El palacio del Harmés.....	3
El Patio hondo.....	7
La Cueva del renegado.....	12
Fraile y medio.....	15
El Príncipe Adderramen.....	21
Mare-pinga.....	27
La sombra.....	35
La cueva de la Macaca.....	40
La encina de la Virgen.....	43

---

## **Errata importante.**

En la página 11, renglón 9, falta el verso siguiente:

«no descubrirá el terreno»: